

Angel Ganivet

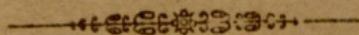
---

---

# EL ESCULTOR DE SU ALMA

DRAMA MÍSTICO

en tres autos.



GRANADA

Imprenta de EL DEFENSOR DE GRANADA.

1904



R-77448



# El escultor de su alma

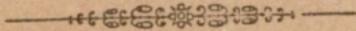
DRAMA MÍSTICO

COMPUESTO POR

## Angel Ganivet

precedido de un prólogo por

### FRANCISCO SECO DE LUCENA



GRANADA

Imprenta de EL DEFENSOR DE GRANADA.

1904





Angel Ganivet

Dibujo tomado del natural por **José Ruiz de Almodóvar**,  
en Granada, el mes de Julio de 1894







## Algo acerca de Ganivet.

---

El 1.º de Marzo de 1899 se estrenó en el teatro de Isabel la Católica de Granada, un drama místico, original de Angel Ganivet y titulado *El escultor de su alma*.

El público, deslumbrado por la brillantez y armonía de una versificación sonora y rotunda, hermana gemela de la que subyuga en las obras de Calderón y Lope, fascinado por la sublimidad de los conceptos que surgían de boca de los actores, cayendo sobre la sala como manantial inagotable de belleza que hería la imaginación y sacudía fuertemente el espíritu, quedó cautivo del poeta desde el principio del drama, y tributó á la obra y al autor una ovación tan entusiasta como no se ha oído otra en el coliseo granadino.

Nadie pidió el nombre del autor, porque era de antemano conocido, ni se pidió tampoco su salida á

la escena, porque quien concibió y dió forma á aquella soberana producción dramática, no pertenecía ya al mundo de los vivos.

La sensación que produjo aquella obra genial, inspirando en el ánimo de los amigos y admiradores de Ganivet y en general de los granadinos, vivísimo deseo de conservarla impresa, me han inducido á publicarla, con lo que juzgo cumplir un deber; pues habiendo tenido la fortuna de que el autor me confiara su obra, enviándome desde Riga para su representación en Granada, el manuscrito original de *El escultor de su alma*, considero que la obra de que se trata merece ser difundida por medio de la imprenta, á fin de que no permanezca escondida esta valiente y genial tentativa de reconstitución de nuestro teatro, iniciada por un granadino que honra con su nombre el de esta ciudad y el de la patria española.

*El escultor de su alma* es la única obra de Angel Ganivet que permanece inédita. Sus demás libros, aunque reducidos á un escaso círculo por lo corto de las ediciones, están ya impresos. Algunos, como *Granada la bella*, *Cartas finlandesas* y *Hombres del Norte*, los publicó en artículos *El Defensor de Granada*, y son muchos los lectores granadinos que los conservan cuidadosamente. No se halla en el mismo caso la producción dramática, y á satisfacer un deseo general, así como á rendir el debido tributo de admiración al ilustre y malogrado literato, se encamina la publicación de este libro.

Pero quien lo lanza á la publicidad no puede sustraerse al impulso, tan natural como explicable, de hacer algunas indicaciones sobre la producción de Ganivet, escribiendo estas deshilvanadas líneas, pa-

ra dar á conocer al lector los rasgos más salientes de aquella insigne personalidad literaria.

\*  
\* \*

Corta y gloriosa fué la vida del escritor granadino: no llegó á alcanzar los 33 años, entre el nacimiento ocurrido el 13 de Diciembre de 1865 y la muerte que tuvo lugar en Riga, el 29 de Noviembre de 1898.

El que tanto habia de honrar con sus obras el nombre de Granada, no mostró de niño esas pretensiones impropias de la edad que tanto celebra el vulgo en los niños precoces y que, como son una desviación de la naturaleza, un desarrollo prematuro de las facultades intelectuales, concluyen casi siempre por hacer de los niños célebres, vulgares medianías, cuando no solemnes majaderos.

Comenzó el bachillerato á los quince años de edad, en 1880, y en el Instituto de Granada le conocí yo aquel año, también el primero de mis estudios.

Tal vez porque ni él ni yo habíamos hecho las primeras letras en la escuela, sino en nuestras casas, carecíamos de la acometividad de los demás muchachos del primer año de latín, y un tanto apartados de la general algazara, pronto nos conocimos, congeniamos, y se estableció entre nosotros el vínculo de la amistad más sincera que sin interrupciones ha durado hasta la muerte de Angel.

La vida escolar de mi amigo fué desde el primer día un triunfo continuado y brillante; era siempre el primero en las clases, pero sin esfuerzo y sobre todo sin pedantería: desde entonces se pudieron apreciar en él dos condiciones sobresalientes en que

se hallaba la fuerza de su producción futura: la independencia del juicio con el horror á las preocupaciones que hacen del hombre moderno un esclavo de las fórmulas, y su buena voluntad para propagar entre los condiscípulos cuanto él sabía y los demás no alcanzábamos.

Como detalle curioso de nuestra vida escolar en el Instituto, recuerdo que por aquel tiempo el autor de los magníficos versos que hacen de *El escultor de su alma* una de las obras de forma más brillante de nuestro teatro, sentía un profundo desdén por la rima y el metro. El profesor de Retórica quiso un día conocer las facultades poéticas de todos sus alumnos y, quizá con la esperanza de encontrar entre nosotros la crisálida de algún Zorrilla, escribió sobre el encerado, con clara letra, diez palabras que, formadas en columna una debajo de otra, constituían las terminaciones de los versos de una décima.

—Para mañana,—nos dijo el catedrático—deben ustedes traer á clase una décima, y para ahorrarles el trabajo de los consonantes, ahí los tienen ustedes en el encerado. Todo se reduce á un trabajo de relleno que no puede ser más fácil.

Al día siguiente, no se reveló ningún poeta; pero se vió á cuanto alcanza la resistencia de una casa ruinosa, porque apesar del diluvio de ripios que cayó aquella mañana sobre la clase de Retórica, el Instituto no se hundió.

Solo un pequeño grupo de estudiantes no tomó parte en el concurso. Entre ellos figuraba Ganivet, que nos sorprendió con su retrainimiento, y lo explicó en estas sustanciosas palabras:

—Para decir tonterías en verso, mejor es escribir prosa, ó no escribir ni en prosa ni en verso, que es lo que yo hago.

Bachiller por oposición en 1885, estudiante pensionado luego en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, Angel Ganivet se fué formando una vasta y sólida cultura, cuyo fondo eran los clásicos griegos y latinos. Cuando salió de nuestra Universidad en 1890 con sus títulos por oposición en las dos facultades, Ganivet era un perfecto *humanista*, y como al mismo tiempo había vivido en continuo contacto con la naturaleza y con la gente del pueblo en su casa molino de las afueras de la ciudad, el *humanista* era un hombre completo, tan apto para ganarse la vida en clase de maestro de molinería, como para presentarse á disputar los cargos académicos en pública oposición.

Como á casi toda la juventud de nuestro tiempo, la Corte atrajo á Ganivet, quien levantó el vuelo apenas terminó sus estudios de Facultad. En este periodo, pierdo mi memoria el rastro de Ganivet, de quien sé que pasó en Madrid trabajos que quizás hubieran dado en la sepultura con otra naturaleza menos fuerte, y en la degradación con otro espíritu menos templado que el suyo; que ganó en la Central, mediante oposición lucidísima el título de Doctor en Filosofía; luego y también por oposición, una plaza del Cuerpo de Archiveros, y por último, su ingreso en la carrera consular, en Febrero de 1892 en cuya fecha salió para Amberes, terminando con esto lo que pudiéramos llamar periodo *preparatorio* del insigne escritor y filósofo, que desde París envió su primer artículo á *El Defensor de Granada*, al que

consagró desde entonces todas sus obras magistrales que eran susceptibles de publicación en esta forma periódica.

Cuando su nombre era ya conocido como el de un literato genial é insigne, muchos diarios españoles y extranjeros solicitaron su colaboración con verdadero empeño; pero él rechazó todas las proposiciones fiel á su propósito de dedicar á Granada los frutos de su ingenio y mostrarlos á sus paisanos desde las columnas de *El Defensor*, que consideraba como su propia casa.

De la estancia de Ganivet en Madrid, otros amigos que por aquel tiempo vivían en la Corte, cuentan detalles un tanto extraños que yo no he podido ni quiero poner en claro. Tal vez en alguno de esos detalles, convertido después por la fuerza de las circunstancias, y sobre todo por la nobleza nativa de nuestro insigne compatriota, en eje de su vida misma y preocupación constante de su espíritu, se encuentre el origen y la explicación de su trágica muerte.

\*  
\* \*

A partir de 1892 el horizonte intelectual de Angel Ganivet se ensancha de una manera prodigiosa; su estancia en Amberes, donde residió por espacio de cuatro años, con frecuentísimos viajes á París, le puso en comunicación directa con Europa.. Dotado de asombrosas aptitudes para el estudio de los idiomas, dominó de tal modo el francés, que según él mismo decía llegó á habituarse á lo más difícil para un hombre: á pensar en un idioma que no es el propio. Ganivet se acostumbró á pensar en francés, y

quizás en tan extraordinaria habilidad, se halle el secreto de una de sus más notables cualidades literarias, que es la sutilidad con que desdobra las ideas y las presenta bajo sus más diferentes aspectos con sencillez y desenfado admirables. Además del idioma de Racine en el cual escribió sus más íntimos desahogos pasionales en sonoros y castizos versos franceses, todos inéditos, Ganivet llegó á dominar casi todas las lenguas del Norte, y poseedor de este gran instrumento científico, pudo estudiar sin intermediarios, directamente, una inmensa variedad de autores que para la generalidad de los españoles son perfectamente desconocidos, ó lo que quizás es peor, se conocen á través de las traducciones y los comentarios franceses, casi siempre tan acertados por lo que se refiere á las cosas del norte, como las famosísimas invenciones de manolas de navaja, *toreadores*, etc., etc. con que nuestros vecinos traspirenaicos han desfigurado á España para presentarla vestida de máscara á los ojos de Europa. Así nuestro autor pudo hacerse cargo de costumbres, hombres y producción literaria con verdadera serenidad de juicio, llegando por sí mismo al fondo de las cosas, y presentándolas tal como él las observaba: embellecidas por su temperamento de artista, realzadas por la comparación con las análogas de su patria, con la sencillez y amenidad que tanto cautivan en *Granada la bella* y *Cartas finlandesas*.

Supo Ganivet amoldarse al medio á que le llevó su carrera con facilidad maravillosa; pero al mismo tiempo que perfeccionaba su espíritu con inmenso caudal de observaciones y de estudios, supo hacer la obra, verdaderamente difícil, de adaptarlos á su

propio temperamento, en tal forma que debajo de todos sus conocimientos, constituyendo su fondo doctrinal, se percibe siempre la filosofía y la moral de Séneca, que es su verdadero maestro; y bajo toda la balumba de escritores contemporáneos franceses, ingleses, alemanes, suecos, rusos, etc., siempre quedan intersticios por donde suben á la superficie, eternamente lozanas y frescas las flores peregrinas de las literaturas clásicas, y las soberanas creaciones del genio español.

La originalidad, el encanto de las obras de Ganivet, se hallan precisamente en ese don maravilloso de su espíritu que le permitió asimilarse tan variada cultura sin menoscabo de su personalidad. Fué europeo, sin dejar de ser español; antes bien, fortificando más y más su españolismo á cada bocanada de viento de fuera que recibía en pleno rostro.

Los viajes, las observaciones directas hechas sin prejuicio alguno, y su actividad incansable para el estudio, fecundado, claro es, todo ello por un talento extraordinario y por una fuerza de asimilación intelectual inmensa, formaron en poco tiempo la personalidad literaria de Angel Ganivet; y cuando el escritor granadino hace sus primeras asomadas al palenque artístico, adviértese bien que sus armas tienen un temple excelente; que bajo ellas hay un espíritu de extraordinario vigor, que el nuevo combatiente lleva el bastón de mariscal, no en la mochila, como los soldados de Napoleon, sino muy á la mano; y que si nó lo empuña desde luego en la diestra, débese más á desprecio de las jerarquías, por lo que tienen de formalismo vano, que á falta de alientos para blandirlo.

Cuando Ganivet vino de Amberes á Granada en el verano de 1895, fué á dar con sus huesos, casi acabado de bajar del tren, en el *Centro Artístico*, de grata memoria, que ya entonces empezaba á dar las boqueadas recluido en un entresuelo insignificante de la Plaza Nueva. Allí nos vimos, al cabo de seis años de ausencia, una noche de las próximas al Corpus. Angel Ganivet estaba ya entonces completamente formado: su saber se desbordaba en una conversación atrayente, curiosísima, que dejaba embobados á los oyentes. Por aquellos días, en el *Centro*, en la redacción de *El Defensor*, en cuantos sitios se instalaba la inolvidable tertulia, el cónsul de España en Amberes llevaba todo el peso de la conversación y se veía y se deseaba para contestar con la premura que exigía la impaciente curiosidad de sus amigos, el diluvio de preguntas con que le acosábamos. Cuestiones de arte, de política, de filosofía, costumbres exóticas, literaturas extranjeras, á todo se le pasaba revista como en un cinematógrafo, y tengo para mí que ante otro espíritu menos benévolo, pacienzudo y eminentemente pedagógico que el de Angel Ganivet, hubiéramos parecido sus interlocutores bandada de chiquillos sin seso, ó grupo de salvajes, por nuestra insaciable curiosidad, que se mostraba con inconscientes saltos de mono desde una á otra de las más distantes ramas del frondoso árbol de la sabiduría.

Desde entonces Ganivet, fué para sus amigos de Granada, lo más parecido á un oráculo, y surgió en todos el deseo de ver traducido en obras tan vasto saber y tan curiosas noticias; y como al mismo tiempo su inteligencia estaba ya en sazón para producir,

nuestros deseos no cayeron en saco roto y aquel mismo año empezó á figurar en *El Defensor* la firma del genial escritor, cuya colaboración asidua á partir de tal fecha, constituye para dicho periódico, preciado timbre de gloria.

El 4 de Octubre de 1895 apareció el primer artículo de Ganivet fechado en París y en el que se daba noticia crítica de dos libros famosos: *Lourdes* de Zola y *Jerusalem* de Pierre Loti; al mes siguiente envió desde Amberes otros dos sobre *Arte gótico* uno, y el otro titulado *Socialismo y música*, que produjeron entre los intelectuales granadinos un movimiento general de curiosidad hacia la nueva firma, sentimiento que se convertía al año siguiente, al publicarse la primorosa colección de artículos *Granada la bella*, en sincera admiración y legítimo orgullo. Granada contaba con un literato insigne, y genuinamente granadino, como lo proclamaba aquella obra, que muchos consideran la mejor de nuestro paisano, y que desde luego es la más espontánea y más fresca de cuantas hacen imperecedero su nombre.

\*  
\* \*

En todas las obras de Ganivet, salvo las de índole meramente crítica, hay un pensamiento fundamental que el autor nos vá mostrando bajo aspectos diferentes y siempre bellos; pensamiento de honda y trascendental filosofía del cual nunca se separa el espíritu del escritor, ávido de inculcarlo á los lectores: el alma humana posee una fuerza creadora casi omnipotente y su verdadera misión no es otra sino la de obrar sobre sí misma para su propio perfeccionamiento.

Esta labor interna de auto-creación y de robustecimiento moral, puede decirse que constituye el *leitmotiv* de las obras de Ganivet, y alcanza su mayor desarrollo en *Los trabajos de Pío Cid*, obra originalísima de la que solo se han publicado dos tomos, quedando sin escribir lo más interesante de ella.

Ese pensamiento de la creación espiritual que en *Los trabajos* toma formas prácticas, y se nos muestra reducido al círculo familiar y de relaciones íntimas del *infatigable creador*, como se le denomina en la portada del libro, alcanza extraordinarios vuelos y formas estéticas valiosísimas en *El escultor de su alma*, donde ya el círculo se estrecha más y el *creador*, que en esta otra obra es *Pedro Martir*, actúa sobre su propio espíritu en un anhelo infinito de perfección que nunca alcanza, hasta que purificado por el dolor, que es para Ganivet (y en esto tiene nuestro autor parentesco muy próximo con los místicos del Siglo de Oro), el verdadero crisol de la vida, *fuego, yunque y martillo* con que *Pedro Martir* quiere forjar su alma ideal, logra la dicha de morir esculpido en forma eterna, de obtener el reposo después de una vida de lucha constante, abismándose en la contemplación del ideal de *Belleza*, que simboliza su hija *Alma*.

Del propio modo que en *Los trabajos* y *El escultor*, muéstrase el mismo pensamiento fundamental en las demás obras de Ganivet, si bien bajo otros aspectos más interesantes si cabe que en las obras citadas. Así, en *La conquista del Reino de Maya*, Pío Cid construye un estado social aprovechando la materia prima que le ofrece un pueblo joven y cándido.

En *Idearium español*, obra importantísima de filo-

sofía política en la que el autor se eleva á prodigiosas alturas en una admirable concepción sintética de la Historia, el trabajo de auto-creación se encomienda á las energías propias de la raza española, y en la restauración del espíritu español *que hace cuatro siglos se escapó de España*, es donde encuentra el insigne hijo de Granada la única forma de redención posible para este desventurado pueblo que hoy se agota por no encontrar nuevos ideales con que sustituir los que ya cumplió hace siglos en la Historia de la Humanidad. Por último, en la obra más espontánea y más fresca de Ganivet, en *Granada la bella*, la idea fundamental se desdobra en otro aspecto no menos interesante, sugestivo y amable, que el autor expresa en el primer capítulo de lo que pudiéramos llamar *Estética de las ciudades*, diciendo que va á exponer los principios «de una ciencia ó arte desconocidos hasta el día, y que este arte nonnato puede ser definido provisionalmente como un arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan.»

Como fácilmente se alcanza por esta enumeración, las obras de Ganivet, dejando aparte las meramente literarias, como son *Hombres del Norte* y *Cartas finlandesas*, tienen entre sí estrecha conexión; unas á otras se complementan y es necesario leerlas todas para atisbar cual es el verdadero alcance y significación de muchas afirmaciones que, aisladas, pueden resultar extravagantes y aún incomprensibles para un lector frívolo. De la grandeza de la idea fundamental en que participan todas, nace la necesidad de leerlas despacio, con detenimiento y atención.

Dióse en ellas Ganivet todo entero á sus lectores, y sus libros hacen meditar mucho y hondo.

De aquí nace la atracción irresistible que ejercen sobre el espíritu: la curiosidad se despierta hábilmente y después se satisface con un raudal inagotable de ideas; á veces, cuando ya se llega á tocar casi la solución del problema que embebe nuestro ánimo, Ganivet no concluye el cuadro ó lo termina con una pincelada de misterio, que nos deja entre nieblas y vaguedades, y nos hace experimentar una sensación penosa, como la del viajero que después de fatigosa ascensión á elevadísima cumbre, no encontrase ante sus ojos el panorama abierto que esperaba, sino otro monte más agrio, más vertical y más sombrío que limitara á pocos metros el horizonte.

En obras tan profundas, el misterio es inevitable: la razón, como los pulmones, solo puede ejercitarse libremente hasta ciertas alturas; excedidas estas, el organismo muere, y la razón se extravía.

\*  
\* \*  
\*

Ganivet no era un teórico ni un sofista; era un hombre que cuando se convencía de la verdad de un principio, sobre prestarle su adhesión intelectual, hacía todo lo posible por llevarlo á la práctica.

Hé aquí un hecho que demuestra plenamente la verdad de esta afirmación.

Como la mayoría de los pensadores modernos que se apartan de la vulgaridad, el autor del *Idearium* entró en la gran corriente de protesta contra la actual organización de la propiedad, corriente que hoy conmueve al mundo. Mostrábase decidido adversario de ella, y á diferencia de la turba-multa de reforma-

dores que predicán la liquidación y el reparto, á reserva y sin perjuicio, como dice la conocida fórmula curialesca, de barrer hacia adentro todo lo posible, Ganivet, sin predicar nada, con la tranquilidad senequista que formaba su idiosincracia intelectual y moral, se vino á Granada, buscó á un notario, pagó los derechos correspondientes á la Hacienda, y donó cuanto le correspondía de la herencia de sus padres á sus hermanas. El se daba por suficientemente heredado con la educación superior que había recibido.

Rasgos de esta índole, de perfecta ecuación entre los principios morales que profesaba y su conducta, hay muchos en su vida. Por esto á la generalidad de las gentes, esclavas del formulismo, parecía Ganivet un extravagante, y era preciso conocerlo á fondo para apreciar en todo su valor la valentía de su proceder, y la habilidad suma con que, sin ceder un ápice de sus convicciones, supo no molestar jamás á los que no participaban de ellas; antes bien entre los adversarios jurados de sus teorías, encontró entrañables amigos y fervientes admiradores.

La pasión por el trabajo, la incansable actividad para la producción literaria y filosófica, fueron la forma práctica con que se tradujo en la vida del autor el pensamiento fundamental de sus obras, la auto-creación á que me refería poco antes; y ya que vuelvo sobre el tema, pareceme oportuno decir que aquel principio tan fielmente observado en la práctica, no condujo al llorado amigo ni á las arrogancias del *superhombre* preconizadas por el filósofo que ha trastornado más cabezas en estos tiempos, ni al aislamiento y la concentración en su propio espíritu. Aunque no muy devoto de la ley de las mayorías, aunque con la

energía moral suficiente para quedarse solo en la profesión de un principio sin experimentar terrores, la frase de Ibsen *el hombre es más grande cuando está más solo*, no se ha escrito para Ganivet. Buscaba su espíritu la comunicación activa con otros espíritus, gustaba de la contradicción y de la propaganda, y siendo por extremo tolerante huía de imponer á nadie sus criterios, limitándose á despertar en todos el afán del trabajo, del perfeccionamiento espiritual, que cada uno debía emprender desde sus privativos puntos de vista, y sin abdicar de las convicciones sinceramente profesadas.

La tendencia expansiva de aquella inteligencia superior, espoleó en Granada á no pocos, que poseyendo brillantes cualidades para las letras y las ciencias, necesitaban un impulso extraño para salir de sus ensueños y vaguedades. Este impulso, vencedor de la crónica abulia granadina, lo dió Ganivet, y de sus conversaciones al aire libre ante la *Cofradía del Avellano* mientras estuvo en Granada, y de la correspondencia que constantemente sostenía con todos desde el extranjero, surgió en nuestra capital una especie de renacimiento que murió en flor, y se deshizo en lamentaciones al morir Ganivet. ¡Quién puede calcular la pérdida enorme que para el movimiento literario granadino representó su muerte!

En el periodo de tres años desde 1896 á 1898, las letras granadinas adquirieron considerable impulso de que dan claro testimonio las colecciones de *El Defensor* de aquella época, cuyas páginas contienen infinidad de trabajos, muchos de singular mérito, debidos al estímulo de Ganivet sobre sus paisanos y amigos.

De entonces acá, hemos vuelto á la afición platónica, y los escritores que tanto se estimularon entonces, parece que cayeron á los profundos abismos del prosaismo cotidiano: á la lucha por el pan los que viven de su trabajo en profesiones tan opuestas al arte como la burocracia, los registros, las notarías, la medicina ó el foro; á la *bonhomie* contemplativa é infecunda los que tienen asegurado el garbanzo por sus medios de fortuna. El afán de leer, y más todavía el de escribir, han menguado desde entonces de una manera inverosímil.

\* \* \*

La primera obra que publicó Ganivet fué *Granada la bella*, cuyo capítulo inicial apareció en *El Defensor* el 23 de Febrero de 1896.

Partiendo de aquel principio fundamental que ya expuse en otro párrafo, Ganivet censura con desenfado y valentía poco comunes la serie de manías que han convertido á las ciudades en campo experimental de los mayores absurdos y truena contra la epidemia de reformas que han pasado casi todas las grandes urbes de Europa y que tarde y con daño ha venido á apoderarse de este humilde rincón granadino.

Las demoliciones y los ensanches, destruyendo á capricho barriadas enteras, tal vez, las más interesantes desde el punto de vista del arte y la arqueología, han quitado á las poblaciones el sello espiritual que supieron imprimirlas sus habitantes, han destruido la fisonomía de cada una para convertirlas á todas en ridícula alineación de casas, manzanas y calles que nada inspiran al sentimiento y á la imaginación, como no sea la idea desconsoladora de la vulgaridad.

Este es solo uno de los puntos de vista de la originalísima *Estética urbana* que aplicando los principios del sentido común á su amadísima ciudad, creó Ganivet en *Granada la bella*. La cuestión del alumbrado y la limpieza, la del agua, la de la educación popular, la del arte, en sus diversos aspectos, y con especialidad en sus relaciones con la naturaleza, la casa, los monumentos y la mujer, forman la gradación admirable que eleva en cada capítulo el interés de *Granada la bella*, que es la obra de un artista, un filósofo y un buen granadino, hecha de una pieza, como vulgarmente se dice, escrita á vuelta de pluma en dos semanas, y apesar de ello, brillante y tersa de estilo, cuajada de pensamientos felices, y tratando por primera vez, al menos en España, cuestiones importantísimas de la más diversa índole; pero todas relacionadas íntimamente, como una de tantas fases de la ley universal de armonía, que se muestra así en los dominios de lo meramente ideológico, como en la naturaleza, en la vida individual como en la vida colectiva.

*Granada la bella* no es solo una «Estética urbana» es también un ensayo felicísimo de una ciencia que ahora empieza á mostrarse con caracteres propios y á recoger en un sistema de doctrinas sus materiales antes dispersos, la Psicología colectiva. Ese ensayo, lo aplicó Ganivet á lo que él más directamente tenía experimentado, su ciudad natal, y puede afirmarse que *Granada la bella* es el más completo y fino análisis del carácter granadino. Aunque las cuestiones se encuentran solo esbozadas á pincelada larga, en este libro hay materiales sobrados para una construcción científica de excepcional im-

portancia y extraordinario desarrollo, que seguramente formaba uno de los planes de producción futura que se proponía Ganivet.

\*  
\*  
\*

Poco más de un año después, á principios del verano de 1897, llegó á Granada, con el autor, un nuevo libro. Era este *La Conquista del Reino de Maya* que inicia el ciclo importantísimo de obras en que figura *Pío Cid*. El primer efecto que produjo *La conquista* entre los literatos granadinos fué de estupor: Ganivet había dado un salto inmenso, que á muchos pareció salto en las tinieblas.

Sin embargo, y aunque á primera vista no lo parezca, tal vez la génesis de *La conquista* se pueda descubrir en *Granada la bella*. El objeto del estudio del autor en las dos obras, es el mismo, la población. *Pío Cid*, con todos sus caracteres extraordinarios y sus no menos extraordinarias aventuras, dista mucho de ser el protagonista de *La conquista*; su influencia sobre los negros del Africa Oriental, entre cuyos lagos se supone el fantástico reino de Maya, se basa exclusivamente en sus dotes de adaptabilidad y merced á ellas, explotando hábilmente el medio donde actúa, gracias á su cultura superior de europeo, Pío Cid va moldeando la masa; pero esta es en realidad la que se mueve, y la que con sus extrañas contorsiones de pueblo infantil que va poco á poco avanzando por el camino del progreso, teje la interesante y complicadísima trama de esta novela, que bajo la forma de narración de viaje encubre un tratado de Psicología de las multitudes, una crítica despiadada de muchos oropeles á que llamamos

civilización los europeos, y á la vez un sistema completo, dentro de la reducida extensión de la obra, de lo que antes se denominaba colonización y conquista y hoy disfrazamos con las palabras penetración é influencia.

Está ya bastante vulgarizada la idea de que los heroes tradicionales á que la historia primitiva de los pueblos atribuye las grandes hazañas por cuyo influjo las tribus llegaron á constituir la ciudad y las ciudades otros organismos más perfectos, no son sino símbolos; y sus trabajos heróicos, la forma plástica, fácilmente trasmisible á las generaciones futuras, de los grandes esfuerzos colectivos, realizados por muchos hombres y en el trascurso de muchos años y aún siglos para ir consiguiendo estados políticos y sociales más perfectos. Un desarrollo de esta idea en forma novelesca es *La conquista*. Pio Cif es el símbolo de la evolución del pueblo Maya, y á afirmarme más sólidamente en esta opinión contribuye en primer término la extraña forma en que se verifica su aparición entre los negros, y la candidez, con que estos se apresuran á ungirlo con los prestigios de lo sobrenatural, y á exparcir por todos los ámbitos de la nación maya la nueva estupenda de la resurrección milagrosa del elocuente Arimí, y su regreso de las sombrías regiones de Rubango, ó reino de la muerte.

Así como en *Granada la bella* se estudia el alma colectiva de un estado social superior, relativamente perfecto y en reposo, en *La Conquista* el estudio se refiere á una sociedad rudimentaria, que da los primeros pasos y en la cual se ha iniciado el movimiento evolutivo. En esto se encuentra á la vez

la razón de las concomitancias y de las enormes disparidades de las dos obras á que me refiero: el fondo es el mismo; pero lo circunstancial es tan diferente como lo fueron las tribus nómadas de las nacionalidades modernas.

En *La Conquista* hay mucho que estudiar: instituciones respetabilísimas aparecen en ella puestas en solfa de una manera despiadada. El lector que solo sepa arañar la corteza del libro recibirá una impresión desconsoladora. Quien logre elevarse sobre sus preocupaciones, hallará en él mucho bueno y encontrará lecciones admirables sobre el justo valor de algunas cosas, que, presentadas completamente en cueros como las presenta Ganivet, descienden desde las alturas de grandeza á que las ha elevado la rutina, á los abismos de ridiculez en que quizás se halle su verdadero lugar. Díganlo si nó, la famosa danza de los uagangas, crítica sañuda del parlamentarismo, y la invención de los *rujús* disección habilísima de las instituciones de crédito.

*La conquista* concluye con el *Sueño de Pio Cid*, página hermosísima que quita el amargor de boca y es en pocas palabras una reivindicación completa de nuestros calumniados conquistadores y colonizadores. Pío Cid, vuelto á España, hállase paseando á las altas horas de la noche en uno de los patios del Escorial. Vencido de cansancio tiene una visión: es la sombra de Hernán Cortés que se le acerca familiarmente, y como antiguo conocido le saluda, instigándole á que publique la historia de sus aventuras en Maya.

—«¿A qué bueno pueden servir esos descubrimientos y esas conquistas, que no traen consigo nin-

gún provecho?—dice Pío Cid. Y la sombra de Cortés le replica:

—«¿Y en qué libro está escrito que las conquistas deban producir provecho á los conquistadores? ¿Qué utilidad trajeron á España las grandes y gloriosas conquistas de todos conocidas y celebradas? Ellas se llevaron nuestra sangre y nuestra vida á cambio de humo de gloria. ¿Qué significa ni qué vale un siglo, dos ó cuatro de dominación real, si al cabo todo se desvanece y el más noble viene á quedar el más abatido y el más calumniado? Quizás nuestra Patria hubiera sido más dichosa si reservándose la pura gloria de sus heróicas empresas hubiera dejado á otras gentes más prácticas la misión de poblar las tierras descubiertas y conquistadas y el cuidado de todos los bajos menesteres de la colonización. Por esto tu conquista me parece más admirable. No será útil á España ni debe serlo; pero es gloriosa y no ha exigido dispendios que en nuestra pobreza no podríamos soportar. Los grandes pueblos y los grandes hombres pobres han sido, son y serán; y las empresas más grandiosas son aquellas en que no interviene el dinero, en que los gastos recaen exclusivamente sobre el cerebro y el corazón».

Quien tan hermosos conceptos puso en labios del legendario conquistador que habla en las líneas copiadas como hablar pudiera, al personificarse en un hombre, el espíritu de la raza, era no solo un filósofo genial y un escritor ilustre; era algo más noble; era un alma justiciera y un gran español.

\* \* \*

En este terreno del patriotismo, aquilatado por las largas ausencias de su país, la percepción direc-

ta de la vida en el extranjero, y la comparación entre las cosas de su patria y la de otras naciones, Ganivet alcanza su mayor altura. Tocó de cerca mucho de lo que á nuestros ojos, y por razón de perspectiva se nos antoja maravilla, y lo encontró burdo y tosco; como telón de teatro; por una reacción natural de su espíritu recordó entonces la historia, las instituciones y el caracter de su patria, y las vió en su verdadero valor; ni tan bellas como durante siglos nos las ha presentado un optimismo ciego, ni tan deformes y tristes como los modernos Jeremías las ven ahora, al dar como inevitable en fecha muy cercana la ruina y destrucción de nuestra nacionalidad.

Ausente de su país, el fondo imborrable de españolismo que atesoraba el granadino ilustre adquirió mayor relieve; estudió para su patria y para el honor de su patria como obrero incansable; y más español cuanto más lejos de España le empujaba el destino, escribió la obra más consoladora, y de más noble hermosura, de más sano patriotismo y de más elevada filosofía política que se ha publicado durante el último siglo en nuestro país.

Esta obra es el *Idearium español*, libro que en poco más de ochenta hojas contiene la sustancia de centenares de volúmenes. La índole de las materias que contiene, la concisión con que están expuestas, pues el *Idearium* es un compendio cuyo desarrollo aplazó el autor para más tarde, hacen difícilísimo dar idea de esta obra. Sin embargo, de estas dificultades, he aquí un extracto de extractos, una especie de quinta esencia del bellísimo libro.

• Considerando la nación española como un gran ser

que vive en la Historia, dedica el autor la primera parte de su libro á analizar el espíritu nacional en todas sus fases: espíritu religioso, espíritu territorial, espíritu militar, espíritu jurídico, espíritu artístico; y del estudio de estas fases, que el autor explica llevando la convicción al ánimo de quien lo lee, pasa á examinar el desarrollo histórico de la nación y demuestra cómo por un extravío de las aptitudes naturales de nuestro espíritu, independiente y de resistencia como definitivamente peninsular, pero contrario al ideal conquistador que su territorio impone á los países continentales, España se lanza á la conquista y realiza una expansión militar como no se conoce otra en la Historia, abarcando con sus únicas fuerzas todo el mundo, y semejando, por ello nuestra política internacional en la Edad Moderna, una rosa de los vientos.

No correspondía ni á nuestras aptitudes ni á nuestras fuerzas obra tan colosal, lograda á costa del empobrecimiento de nuestra vida interior y propiamente nacional que debe tener su asiento en la península, y tras la expansión vino la decadencia representada en un largo Calvario de cuatro siglos, que se inicia apenas llegado el apogeo de nuestro poderío con el descubrimiento y la conquista de América. Extraviado en esta forma el rumbo histórico de la nacionalidad, se pierden unas aptitudes y otras no llegan á su completo desarrollo como ocurre en el arte español cuyo siglo de oro, es solamente un anuncio de lo que hubiera sido el genio nacional desarrollándose en su propia y natural esfera.

España agobiada bajo el peso de sus grandezas llega á la época presente debilitada y empobrecida;

apenas puede sostener el recuerdo de su antiguo esplendor, y sus últimas colonias (1) son para ella no un objeto de beneficio, sino pesada carga como lo fueron siempre, porque en el espíritu nacional no encarna la idea de la colonización como la entienden algunos pueblos, limitada á explotar la colonia; sino el sentimiento más noble de la asimilación de las razas y la propaganda de las ideas.

En estas condiciones hay que considerar cerrado nuestro período histórico que arranca de la toma de Granada, abandonar la antigua teoría que computaba la grandeza de las naciones por la extensión de su dominio material y entrar de lleno en otra evolución histórica cuyo principio tiene que ser la reconcentración de las fuerzas nacionales en sí mismas y el desarrollo de todas nuestras energías en el verdadero territorio de la patria, en el viejo solar europeo de donde ha de surgir la nueva fase de nuestra historia y la dominación duradera del genio de España en el mundo mediante la conquista ideal, ante la que son efímeras é infecundas todas las obras cimentadas en la fuerza. Hay que reconstituir en cierto modo la nacionalidad española, precisa la restauración espiritual de España, si hemos de cumplir la noble misión que nos corresponde en la historia futura, la que estaríamos cumpliendo, sin aquella distracción del espíritu territorial: la de constituir un centro de universal cultura que convierta á España en una Grecia cristiana.

\*  
\* \*

Al mismo tiempo que ordenaba Ganivet los mate-

---

(1) El *Idearium* fué escrito en 1897.

riales del *Idearium* y de *La conquista*, no descuidaba su colaboración asídua en *El Defensor*, y desde Helssingfors enviaba á este diario sus notabilísimas *Cartas finlandesas* que comenzaron á publicarse en Octubre de 1896 y terminaron en Julio de 1897.

Esta es la obra de Ganivet en que hay menos elemento personal, pues se limita á dar noticia á los lectores de sus observaciones acerca de la vida y costumbres finlandesas. Es una obra curiosísima en la que se pone de manifiesto el fino espíritu observador y analítico de Ganivet; aunque por su índole se presta á las descripciones, estas no abundan en las *Cartas*, por lo menos en la forma usual y corriente; Ganivet apenas se fija en la superficie de las cosas, no es un colorista; va derecho al fondo, al espíritu de lo que observa, y por esta razón sus descripciones toman, apenas iniciadas, un carácter reflexivo, de comparación de unas cosas con otras, de consideraciones tan luminosas acerca de lo que describe, que el objeto descrito se nos representa rápidamente y en su totalidad, á las primeras pinceladas. *Las cartas finlandesas* son una descripción orgánica, si cabe el empleo de esta palabra, del país á que se refieren; las cartas segunda, tercera y cuarta son por el asunto, (etnología, teoría constituyente y política general) las que alcanzan mayor altura; la carta vigésima es un admirable estudio de crítica literaria sobre el poema épico finlandés *Kalevala*, y todas las demás forman con estas, una obra sumamente interesante, de estilo amenísimo, que se apodera del lector desde las primeras páginas, y le interesa del tal suerte que no hay medio de dejar el libro sin llegar al final.

Una de las cualidades que más asombran en Ganivet, es la fecundidad de su inteligencia: las cuatro obras á que me he referido se escribieron en poco más de un año, desde Febrero del 96 á Mayo del 97; la labor que desde esta fecha hasta Noviembre del 98 realizó el autor, es no menos importante en calidad y cantidad pues á este último período corresponden, además de los artículos que figuran en *El libro de Granada*, publicado después de su muerte, y escrito en colaboración, los dos tomos de *Los trabajos de Pío Cid*, las monografías de crítica literaria *Hombres del Norte*, y el drama á que este incoherente trabajo sirve de prólogo.

*Los trabajos* son la obra de Ganivet sobre que se ha escrito menos. De un lado la índole de la obra, poco accesible á la primera lectura, y de otro la circunstancia de haber quedado por terminar, explica el silencio de los amigos y compañeros del autor. De *Los trabajos* puede decirse, como con razón decía uno de los más discretos apologistas de Ganivet refiriéndose á la totalidad de su obra, que puede compararse á una estatua que el escultor hubiera comenzado á labrar por el pié, dejándola sin concluir; solo se sabe de ella que tiene los pies en dirección á Oriente y que pisa firme. Adivínase por la belleza del fragmento la hermosura que hubiera llegado á alcanzar la obra terminada; pero lo más noble de ella, el contorno del pecho y de la cabeza, la expresión del rostro, quedó para siempre enterrado con el maravilloso artífice.

*Los trabajos de Pío Cid* es la obra más cuidada de Ganivet; puso en ella el autor sus mayores empeños, y aún parece que trató de reflejar en sus

páginas su propia vida. Lo imaginativo se mezcla en esta producción con lo histórico y real en términos que hacen dudar muchas veces donde acaba la autobiografía y da principio lo novelesco. Capítulos casi enteros hay en *Los trabajos* que reproducen con fidelidad fotográfica escenas y conservaciones que ante nuestros ojos se han desarrollado las unas, que aún suenan en nuestros oídos las otras, y llenándolo todo, el carácter enigmático, incoherente, con frecuencia contradictorio del protagonista. A veces Pío Cid semeja un andante caballero de nuevo cuño empeñado en desfacer espirituales entuertos; otras lo vemos complacerse en amargar á los que le rodean, lanzándolos, implacable, desde las cimas de la ilusión á la realidad impura que apaga los más nobles entusiasmos; su alma es una mezcla singular de cínico y de asceta, de sacrificios y de caídas, una perpetua contradicción, algo parecido al flujo y reflujo de las olas. En aquel carácter no hay más que dos notas permanentes: el desprecio de los intereses materiales y de las vanidades mundanas, y la serena tranquilidad con que son aceptados los vaivenes de la vida.

*Pío Cid* es un profundo estudio psicológico, y á la vez de moral y de filosofía universales; por el espíritu superior de aquel hombre, condenado á una vida oscura por su propia voluntad, van pasando todos los grandes problemas de la Etica; podrá participarse ó nó del criterio moral con que el protagonista de *Los trabajos* los resuelve; pero hay que descubrirse con respeto ante la magnitud de la empresa acometida por el autor, la valentía con que hace lo que pudiéramos llamar disección de las almas

y el inmenso caudal científico de que alardea. *Pío Cid* es el espíritu del hombre moderno, atormentado por su propia cultura intelectual, el *Prometeo* de nuestros días, encadenado á la roca de su limitación, roidas sus entrañas por el buitre de la duda.

La infinidad de complejísimas cuestiones que en este admirable y misterioso libro se proponen, anunciaba el autor á su amigos que quedarían resueltas, y tal vez en sentido muy diferente del que por la lectura de los dos primeros tomos se pudiera colegir, en el *Testamento de Pío Cid*, coronación y remate de la Odisea de este Ulises del mundo moral.

El pensamiento íntimo de Ganivet quedó truncado por su prematura muerte; el espíritu de Pío Cid incompleto, y la obra trascendental del insigne granadino, velada por las sombras del misterio. La esfinge sigue muda, y dijérase que una vez más ha devorado al viajero.

\*  
\*  
\*

Las ideas que expuso Ganivet en uno de los más interesantes capítulos de *Granada la bella* acerca de «lo viejo y lo nuevo» tienen su aplicación práctica á la literatura dramática en la genial producción que con el título *El escultor de su alma*, drama místico en tres autos me envió desde Riga en Noviembre de 1898, días antes de su muerte.

Preocupándole la decadencia de nuestro teatro, hizo en *El escultor* una valiente tentativa encaminada á marcar los rumbos de la reconstitución posible del arte dramático mediante la adaptación de lo genuinamente nacional, lo que gloriosamente fructificó en siglos pasados, al espíritu de la época.

La representación de la obra, que fue un verda-

dero triunfo, dió lugar á los más apasionados comentarios, pues reconociendo todos su indiscutible mérito, diferían en cuanto á su fondo filosófico, y mientras unos, de acuerdo en esto con el pensamiento del autor, calificaban el drama como una producción que cabe dentro de la más pura ortodoxia, ya que el espíritu rebelde y antireligioso de *Pedro Mártir* queda vencido al final del drama, otros por el contrario le atribuían una significación demoledora y una tendencia completamente negativa, no faltando tampoco quienes, apartándose de las dos interpretaciones, entendieran que el fondo del drama no afecta á las creencias religiosas, y que todo él se reduce á una teoría estética desarrollada en una acción dramática.

En realidad *El escultor de su alma*, merece la calificación de drama *místico* que le diera su autor.

El pensamiento artístico que guió á Ganivet cuando lo escribía, ó mejor dicho, cuando lo pensaba, era el de adaptar los autos sacramentales del siglo de oro á las ideas y aspiraciones de nuestros días. Esta tendencia percíbese bien clara en el auto primero ó auto de la fé cuya versificación emula las esplendideces de la forma calderoniana, y el concepto aparece sutil, algunas veces alambicado y siempre de gran altura filosófica. El auto segundo ó *del amor* es de estilo más moderno, más plástico y por consiguiente más comprensible; y por último el *auto de la muerte* con que finaliza la obra, vuelve afectar el sello de grandeza hierática que ya se percibe en el primero, y deja al espectador suspenso, atónito y deslumbrado.

La idea principal de este drama singularísimo es

también la auto-perfección del espíritu humano, conseguida mediante la lucha y el dolor; por eso le cuadra perfectamente la denominación de drama místico.

Pero al mismo tiempo *El escultor de su alma* es una creación grande y profundamente humana; en esta cualidad se halla el secreto de su fuerza dramática y su poder de fascinación, sobre los públicos que ha de ir aumentando según transcurra el tiempo y el drama sea más conocido y se divulgue. Entre las cuatro figuras que intervienen en la acción y que han de tomarse como símbolos y no como figuras de carne y hueso (en cuyo último caso algunas escenas, de las más bellas ciertamente, no tienen explicación) sobresale la del protagonista *Pedro Mártir* en quien Ganivet quiso encarnar el hombre natural. *Pedro Mártir* es un personaje al que no es difícil encontrar parentesco en la literatura dramática; pero en honra del autor y de la grandeza del tipo hay que decir que esos parientes de *El escultor* son las primeras figuras del arte universal, y se llaman *Prometeo*, *Edipo* y *El Doctior Fausto*. Las tres tienen con *Pedro Mártir* ciertos puntos de semejanza y ninguna se confunde con él; puede decirse que las cuatro figuras son otros tantos aspectos de una sola; la figura desolada del hombre, esclavo de la propia imperfección, combatiente siempre vencido y nunca domado, titán que trata de escalar el cielo por la conquista de la luz y prisionero eterno de las sombras.

En torno de esta colosal y novísima concepción del espíritu humano y de sus luchas, que aunque pretendiera explicarla no lo conseguiría, muévense

otras figuras simbólicas: *Cecilia* personificación de la mujer creyente, y admirable contraste del espíritu rebelde de *Pedro Mártir*; *Alma* la creación humana, hija de la razón y de la fé, y símbolo de la belleza ideal, y por último *Aurelio* en quien se sintetiza la vanidad del mundo y es la única figura pequeña del drama, que está todo lleno por las dudas y rebeldías de *Pedro Mártir*, las ternuras de *Alma* y la resignación heroica de *Cecilia*, junto á las cuales la mediocridad de *Aurelio* resuena como una calabaza hueca.

Aún cuando en el segundo tomo de *Los trabajos de Pío Cid*, alude Ganivet, al referir las sustanciosas pláticas del protagonista con sus amigos de la «Cofradía del Avellano» á una tragedia que parece ser *El escultor*, de la que dice tenerla ya escrita, aunque sin bautizar, yo creo que el drama á que me estoy refiriendo ahora, no estaba escrito en aquella fecha, que es la del verano de 1897, sino que se escribió después, ó por lo menos lo reformó el autor grandemente. Para ello me fundo en que Ganivet, no era hombre que dilatase la publicación de sus obras, una vez escritas y hasta setiembre de 1898 no me habla en sus cartas particulares de *El escultor*; y por otra parte encuentro el fundamento á mi creencia en que la referida producción parece de los últimos meses de su vida, pues ya se observan en ella ciertos rasgos de pesimismo tan acentuados, una tendencia al absoluto reposo como felicidad suprema, y un tan grande desprecio de todo lo terrenal, que no parece, sino que quien tales pensamientos concebía y expresaba, encontrábase ya casi des-

prendido de este mundo y mirando de frente el eterno arcano.

Al escribir este drama, como siempre que se elevaba á las puras regiones del ideal, Ganivet tenía el alma puesta en Granada, y así lo revela no solo que el lugar de la acción es la Alhambra, á cuyos torreones está dedicado uno de los fragmentos poéticos más hermosos de la obra, sino que Ganivet quiso estrenarla en su tierra, y que los derechos de autor se dedicasen á aumentar el fondo disponible para erigir una estatua en esta ciudad al genial artista granadino Alonso Cano.

Por lo que hace á la forma literaria de esta audacísima y genial obra que cierra con broche de oro la producción de Angel Ganivet, no necesito hacer demostración alguna: pronto saldrá el que me leyere (si hay quien tenga esa paciencia) del erial de este difuso y desmañado prólogo, para entrar en el campo amenísimo de *El escultor*. En él desde las primeras escenas percibirá los destellos geniales de aquel soberano talento; en esas páginas comprenderá que no han sido la amistad y el cariño los que me han guiado en esta exposición de los méritos literarios de Ganivet, sino el sentimiento de la más sincera y estricta justicia.

Siento que á la grandeza de la obra que hoy se publica, no hayan podido corresponder mis fuerzas; pero quédame la satisfacción de haber dicho acerca de Ganivet y de sus libros admirables, lo que lealmente opino de ellos; las grandes lagunas que en la exposición y crítica de esas obras fácilmente hallará quien lea este prólogo, producto son exclusivo de mi limitación, en la esfera del conocimiento,

y aún también del tiempo y sobre todo de la tranquilidad y reposo, indispensables para vencer en empeños de esta índole, que requieren laboriosa preparación.

Si engañado por el buen deseo he querido levantar una montaña, y la montaña, me ha caído encima, que la benevolencia del lector me salve.

*Francisco Seco De Lucena.*

Granada Mayo 1904.

